

Los trabajos que aparecen a continuación pertenecen a la sección *Búsqueda*, del número 1-2012 de la revista.

Resulta de suma importancia para el devenir de la nación cubana la influencia positiva que pueden ejercer sobre los procesos sociales en la Isla nuestros intelectuales radicados en la diáspora. Por esta razón, accedieron a discernir, en las páginas de nuestra revista, los destacados intelectuales cubanos establecidos fuera del país, Alejandro de la Fuente y Luis Manuel García Méndez.

ENTRE PAQUETES Y ANTOLOGÍAS: LA CULTURA CUBANA ES UNA SOLA

Por ALEJANDRO DE LA FUENTE

Fue una sorpresa agradable. Llegamos al aeropuerto internacional José Martí y, en lugar del oficial hosco y grosero que siempre recibe a los visitantes que vienen de los Estados Unidos, especialmente a los cubanos, esta vez nos esperaba un oficial de inmigración cortés y amable. «Bienvenido,» me dijo. Esbozó algo parecido a una sonrisa. La escena se repitió en la aduana unos minutos más tarde. ¿Bienvenido? ¿De veras?

De veras, bienvenido. Y no es un caso aleatorio: otros amigos y familiares que han visitado la Isla recientemente reportan un comportamiento similar. Alguien parece haber dado la «orientación» de sonreír y de tratar a los visitantes no como un mal inevitable, sino como familiares que regresan a casa, contentos y cansados. Esta vez no me sentí como un puñado de dólares que es necesario recaudar a toda costa. Esta vez no sentí que era un indeseable, un miembro de la «mafia anticubana», un apátrida, un desertor o un gusano. Por primera vez desde que salí de Cuba, hace casi 20 años, sentí que regresaba a mi tierra por derecho propio, que no había nada de extraordinario en mi viaje o mis acciones. Por fin, un aeropuerto aburrido y de rutina en La Habana, no un alambrado de púas y alto voltaje. «Bienvenido».

Del otro lado del Estrecho de la Florida, una terminal aérea abigarrada y repleta. El proceso de embarque toma horas. La fila interminable de viajeros cargados de deseos, regalos y añoranzas. El montón de paquetes obesos, irregulares y enormes, cubiertos de plástico verde. Hay algo de grotesco en todo esto. La indumentaria estridente de algunos viajeros, el colorete exagerado de otras. La cadena que cuelga del cuello del señor aquel; la señora vestida de brillo, como de gala nocturna. Son las siete de la mañana. La anciana calza botas altas, de tacón elevado. Se las pidió la nieta de 15 años y no cupieron en la maleta. Así que las calza, aunque parezca un mamarracho. Es necesario mirar de cerca. Más allá de las valijas y del plástico, la fila desborda afecto. Cada paquete es un puñado de abrazos. Cada libra de sobrepeso, diez y seis onzas de cariño. Hay miles de libras. La gente paga, sin protestar. Paga por aliviar las necesidades de la tía en Morón, para apoyar el negocito de joyería del primo que vive en la Víbora. Del otro lado del mostrador está Cuba.

A los legisladores de origen cubano que desde el Congreso de Estados Unidos intentan interrumpir este tráfico de afectos y paquetes verdes, una invitación respetuosa. Les ruego que se acerquen al corredor D o E del aeropuerto de Miami y observen las filas interminables que se forman allí cada mañana. Que las miren de cerca, para que vean cómo sus electores se pronuncian en este tema. Los cubanos residentes en Miami están votando con maletas y botas altas. No es un gesto político. Para muchos, no es ni siquiera un gesto, sino un eslabón más en una cadena afectiva que va desde Caimito hasta Miami o Tampa.

A los burócratas de la Isla, que se empeñan en hablar de la «mafia anticubana de Miami», otra invitación, igualmente respetuosa y sincera. Lléguese por la terminal 2 del aeropuerto «José Martí», la terminal azul. No hay confusión: es la única terminal en la que se aglomeran cientos de personas. Algunos ríen y se abrazan. Otros se abrazan y lloran. En las «llegadas», valijas gordas. En las «salidas», maletas flacas. Los que se acercan a la terminal no vienen a hacer política. La gente viene a recibir y a despedir familiares y amigos. Es otro eslabón de la misma cadena que uno encuentra en el aeropuerto internacional de Miami.

Los políticos han intentado romper esa cadena afectiva durante décadas, sin éxito. Los gusanos de ayer son los tíos de hoy. El presidente George W. Bush los excluyó de su definición de familia, pero los cubanos hicieron caso omiso de ese *dictum* presidencial y continuaron trasegando afectos y paquetes. Los que se oponen a este trasiego desde Florida alegan que el mismo provee recursos y apuntala al régimen cubano -cada viajero es una especie de colaborador del régimen-, un enemigo potencial. Los burócratas que, desde La Habana, identifican a cada visitante como un miembro de la «mafia anticubana», están de acuerdo en que cada visitante es un enemigo, disfrazado de pariente, pero creen que este movimiento debilita en realidad al régimen, un mal inevitable. Ni unos ni otros parecen reparar en dos hechos fundamentales. El primero, que ni viajeros ni familiares están pensando en régimen alguno, sino en reconstituir redes afectivas y familiares. El segundo, que el proceso de reformas económicas impulsadas por el gobierno de Raúl Castro está siendo lubricado con los suministros, los contactos y el *know-how* o saber empresarial de los cubanos del exilio. Las reformas son reales: basta con pasear por las calles de La Habana, especialmente por las zonas no frecuentadas por turistas, para constatar la fuerza de las mismas. La ciudad se ha llenado de negocios. ¿Enemigos, mafiosos? Es cierto que los cubanos que visitan la Isla están apuntalando las reformas económicas, promovidas por el gobierno. Pero es también cierto que dichas reformas crean oportunidades y caminos hacia el futuro, hacia una Cuba nueva y económicamente próspera. Los políticos del desafecto, que son afortunadamente pocos, se están quedando solos.

No pretendo idealizar el proceso de reconstitución de la familia cubana, ni minimizar los obstáculos que dificultan el proceso de reconciliación entre los cubanos. Lo que quiero destacar es que dicho proceso ha comenzado, que se actualiza constantemente y que el mismo es liderado por cubanos ordinarios, no por filósofos, profetas o poetas. La familia que estos cubanos (re)construyen a diario no tiene apellidos políticos. No es una familia socialista, capitalista, liberal, comunista o fascista. Es simplemente una familia que, como cualquier otra, incluye miembros con talentos, orientaciones y simpatías diversos. Lo que los une no es una ideología común, ni preferencias políticas o religiosas idénticas. Los une el sentido de pertenencia a una tierra común y de una historia compartida, aunque esa historia se recuerde a través de narrativas e interpretaciones diferentes, incluso divergentes. Es probable que un combatiente de Playa Girón y un miembro de la Brigada 2506 recuerden la invasión de 1961 de formas muy distintas, pero también es obvio que ambos participaron en el mismo evento y que tienen una historia común. No todos los cubanos compartimos la misma lectura de Juan Gualberto Gómez, de Fulgencio Batista o de Camilo Cienfuegos, pero estamos de acuerdo en que los mismos constituyen figuras importantes de nuestra historia. Puede que no todos los cubanos disfruten por igual a Silvio Rodríguez y a Celia Cruz, a Amelia Peláez y a Wifredo Lam, a Nicolás Guillén y a Guillermo Cabrera Infante, pero ninguno negará que hicieron contribuciones fundamentales a nuestra cultura.

En este proceso, los intelectuales y académicos cubanos -es decir, aquellos que conciben su obra como parte de la cultura cubana, donde quiera que vivan- pueden hacer contribuciones fundamentales. La creación de una cultura nacional inclusiva, plural, diversa y viva no puede estar regida por estrechos criterios ideológicos, ni por el lugar de residencia o aun la nacionalidad de los contribuyentes. Si aplicáramos criterios territoriales habría que excluir de nuestra cultura a José María Heredia, a Félix Varela, a José Martí, a Guillermo Cabrera Infante y a Reynaldo Arenas. Habría que excluir "El Himno del Desterrado", Mi raza y Antes de que anochezca. Si se aplicaran criterios de nacionalidad habría que desechar El hombre y el socialismo en Cuba o las Cuatro mujeres, de Oscar Lewis.

Hace años que se viene repitiendo que la cultura cubana es una sola. Aun en los tiempos en que "nos alimentábamos de negaciones recíprocas", para decirlo con Ambrosio Fornet, la cultura cubana era una sola, a pesar de que entonces se produjera a través de acusaciones e ignorancias mutuas. Ya sé que una conversación entre sordos no es conversación, pero estos sordos compartían obsesiones, lenguajes, historias y amores comunes. Compartían, de hecho, la sordera.

El proceso de creación de una cultura cubana inclusiva ocurre aun a pesar de sus detractores, en el sentido de que incluso aquellos que niegan o torpedean su existencia contribuyen a la misma -de otra forma no sería realmente una cultura de inclusión. Pero en este proceso queda mucho por hacer y sospecho que nadie va a hacerlo por nosotros. Para impulsar dicho proceso nos toca eliminar recelos, combatir exclusiones (todas injustas) y desbancar mitos inútiles, hijos de guerras pretéritas, frías y calientes. Nos toca construir una cultura dialogante y crítica, bajarnos del potrero extenuado y canijo del nacionalismo excluyente y estrecho. En pocas palabras, tenemos que desterrar el Estrecho de la Florida de la cultura cubana, hacer puentes.

No sin obstáculos, durante los últimos 20 años se han dado pasos importantes en la construcción de esa cultura. Ahí están los importantes dossiers sobre literatura de cubanos en el extranjero publicados por La Gaceta de Cuba, que valiente y precozmente desbrozó caminos en este y otros sentidos; antologías como La memoria recobrada, del propio Fornet, Bridges to Cuba/Puentes a Cuba, de Ruth Behar, Ensayo cubano del siglo XX, de Rafael Hernández y Rafael Rojas, y muchas otras más. O exposiciones en las que artistas residentes dentro y fuera de la Isla han compartido espacios, como las presentadas en Espacio Aglutinador; *Killing Time*, con curaduría de Elvis Fuentes, Glexis Novoa y Yuneikys Villalonga (Nueva York, 2007); *Without Masks*, la excelente exposición organizada por Orlando Hernández (Johannesburgo, 2010); Ya Sé Leer, presentada en el Centro Lam (2011), con curaduría de Elvia Rosa Castro y varios colaboradores; o Queloides: Raza y Racismo en el Arte Cubano Contemporáneo, que se presentó en el Centro Lam, primero, y en Pittsburgh y Nueva York, después, entre el 2010 y el 2011, con curaduría del que escribe y de Elio Rodríguez Valdés.

Aquí está también, como ejemplo importante en ese empeño, la revista Encuentro de la Cultura Cubana. Fundada por el escritor y cineasta cubano Jesús Díaz en 1996 y publicada en Madrid, Encuentro... fue concebida desde sus inicios como un espacio, incluyente y plural, para la construcción de una cultura cubana sin exclusiones. Su presupuesto central es difícilmente debatible, al menos en mi opinión: "resulta evidente que la cultura cubana es una, y que aun en las circunstancias más difíciles ha manifestado su vitalidad". En la presentación de la revista, los editores anunciaron que en la misma tendrían "cabida tanto contribuciones de cubanos que viven en la Isla como de aquellos que residen en otros países, y también, desde luego, reflexiones de intelectuales extranjeros sobre nuestro país y su circunstancia. Pretendemos contribuir así a que nuestra cultura aparezca en su diversidad, en su vocación contemporánea e internacional, como una de las principales esperanzas de la nación". El primer artículo de la revista, escrito por Gastón Baquero, tiene un título que no necesita comentarios: "La cultura nacional es un lugar de encuentro".

Creo que resulta un acto de elemental justicia reconocer que Encuentro... hizo realidad sus promesas aglutinadoras, acogiendo por igual a escritores cubanos de todas las latitudes y, a veces, también a escritores no cubanos interesados en contribuir con la revista. Cada número sirvió para homenajear a figuras prominentes del quehacer cultural cubano, desde el más grande de nuestros historiadores, Manuel Moreno Fraginals, hasta Tomás Gutiérrez Alea, el gran cineasta de la epopeya revolucionaria, un creador igualmente nuestro.

Al mismo tiempo, sin embargo, la revista Encuentro... ejemplifica, quizás mejor que ningún otro proyecto cultural, las dificultades y obstáculos que se alzan en el camino de una cultura cubana inclusiva y única. A pesar de su impecable nivel editorial y de su noble propósito, compartido por la mayor parte de los intelectuales cubanos dondequiera que vivan, el proyecto editorial Encuentro... fue atacado por algunos voceros del oficialismo cubano, que intentó caracterizar a la revista como un panfleto antigubernamental, financiado por oscuros intereses. A pesar de que permaneció fiel a su propósito aglutinador -el último número de la revista publicó un dossier sobre «Raza y Racismo en Cuba», coordinado por un servidor, en el que se incluyeron varios textos de autores residentes en Cuba los ataques oficiales contra ella contribuyeron a enriquecer el "lugar de encuentro" al que hacía referencia Baquero en su artículo introductorio.

Los obstáculos al proceso de creación de una cultura cubana inclusiva florecen no sólo en la Isla , sino también en ese espejo de Cuba que es el sur de la Florida. En este sentido la presentación de Pablo Milanés en Miami en agosto del 2011 me parece paradigmática. Diversas organizaciones del exilio histórico pidieron a las autoridades locales que cancelaran el concierto, al cual calificaron de afrenta a la comunidad. Organizaron vigiliadas de protesta y trituraron CDs del famoso cantautor, fundador del movimiento de la Nueva Trova , uno de los iconos culturales de la Revolución cubana. La prensa de ambos lados del Estrecho de la Florida se hizo eco de las protestas. “Miami no cree en lágrimas: trituran discos de Pablo Milanés”, publicó el sitio oficial *Cubadebate*. “Exiliados protestan contra concierto de Milanés”, reportó *El Nuevo Herald*. Cierto en ambos casos. Pero tomemos nota. La noticia verdadera es que Pablo cantó en el *American Airlines Arena* de Miami y que lo hizo sin que el sur de Florida sufriera la suerte de Pompeya.

La presencia de Pablo y de otros músicos, artistas, escritores y académicos cubanos en Estados Unidos durante los últimos dos años ha sido posible gracias a la política de intercambios académicos y culturales de la administración de Barack Obama. Muchos de nosotros hemos trabajado en promover, proteger y sostener esos intercambios. Muchos de nosotros protestamos cuando los mismos fueron limitados, de forma absurda, por la administración Bush. Pero para que esos intercambios ayuden a la construcción de una cultura cubana inclusiva y no a cimentar divisiones y resabios, es preciso que todos, desde Cuba y desde Estados Unidos, defendamos la noción de que los intercambios con “Cuba” deben incluir la participación no sólo de intelectuales residentes en la Isla , sino también la de cubanos que viven en otras latitudes, dependiendo desde luego de las peculiaridades del proyecto en cuestión. Muchos pintores cubanos residentes en el exterior se quejan, por ejemplo, de que no son incluidos en las exposiciones de arte “cubano” contemporáneo que circulan en Estados Unidos. Por sólo mencionar algunos nombres, pues la lista sería larga, estoy pensando en artistas como Alejandro Aguilera, Ricardo Brey, Humberto Castro, Ángel Delgado, Tomás Esson, Juan-Si González, Rafael López Ramos, Segundo Planes, Carlos Rodríguez Cárdenas y Leandro Soto. Esta visión no es siempre fácil de defender en los medios académicos norteamericanos, donde la distinción Cuba/Miami está muy arraigada. De hecho, muchos académicos norteamericanos usan a Cuba para autodefinirse como liberales y pensadores críticos. Es, además, una visión tentadora para algunos académicos en la Isla , pues les permite monopolizar conversaciones y temas y parapetar la mediocridad detrás de un nacionalismo de botica.

Los que compartimos el credo de que la cultura cubana es una sola hemos de ser consecuentes con el mismo y trabajar, juntos, por eliminar los obstáculos reales e imaginarios que se alzan en el proceso de construcción de esa cultura. Esto implica enfrentar, por una parte, la tendencia a identificar cada intelectual procedente de la Isla como un “agente” gubernamental y, por otra parte, la tendencia a percibir cada esfuerzo externo como un proyecto auspiciado por la CIA. Implica , además, desmitificar el peliagudo problema de los financiamientos, un argumento que algunos sectores de la burocracia cubana esgrimen (frecuentemente sin fundamento alguno) para deslegitimar proyectos interesantes y constructivos. Entiendo que no toda la plata nace igual, pero hay algo que debe quedar claro: no hay plata inocente, ni de un lado ni del otro. Y es necesario eliminar las listas de académicos, músicos y escritores proscritos, especialmente aquellos a los que se les impide el acceso a nuestra tierra. En la mayor parte de los casos, nadie sabe quién les prohibió la entrada, ni recuerda las razones que se usaron para justificar dicha prohibición en el pasado. Hay que dismantelar eso.

Pablo cantó en Miami y no pasó nada. Alguna gente protestó, haciendo uso de un derecho legalmente protegido. Pero Pablo cantó. Por una noche el *American Airlines Arena* acogió a “Yolanda”, “El breve espacio en que no estás”, “Yo no te pido”. Miles vinieron a escucharle; otros tantos (me apunto) seguramente se quedaron con las ganas y esperan tener la oportunidad de ir a uno de sus conciertos en el futuro. Esperemos que algún día no lejano podamos también escuchar a Gloria Estefan en la Ciudad Deportiva de La Habana. ¿Se imaginan? ¿“Mi Tierra” sonando en el corazón de La Habana ? “De mi tierra bella, de mi tierra santa...” El día que se arme esa cumbancha los cubanos todos, cualesquiera que sean nuestras preferencias políticas, religiosas, sexuales o hasta musicales, tendremos algo que celebrar.

OUTSIDERS

Por LUIS MANUEL GARCÍA MÉNDEZ

Reflexionar sobre el papel que deben jugar en el acontecer insular los intelectuales cubanos que viven fuera de la Isla , exige un análisis previo sobre qué es un intelectual y qué funciones cumple o debe cumplir en la vida pública.

A la pregunta ¿qué es un intelectual? se han dado muchas respuestas. Quien trabaja con su cerebro y no con sus manos podría ser la más elemental, en cuyo caso incluiríamos a un bróker de la bolsa y excluiríamos a Picasso. Según Michael Löwy, en *Para una sociología de los intelectuales revolucionarios*, al no ser una clase, los intelectuales, creadores de productos ideológico-culturales, no se definen en relación con los medios de producción. Pueden elegir, de modo que no existe *inteligentzia* neutra. Lo cual se puede aplicar a cualquier ciudadano, cuya ideología no está estrictamente signada por su extracción social. Añade Löwy que al regirse por “valores” ajenos al dinero, los intelectuales “sienten una aversión casi natural contra el capitalismo”, algo que no merece comentarios.

Gramsci señalaba que «todos los hombres son intelectuales, pero no todos los hombres cumplen en la sociedad la función de intelectuales». Y añadía que “los intelectuales modernos son directores y organizadores involucrados en la tarea práctica de construir la sociedad”. Una boutade gramsciana que nunca ha alcanzado el carácter de ley. Norberto Bobbio opina que los intelectuales son expresión de la sociedad de su tiempo y que el momento histórico es crucial en su definición y también de su responsabilidad histórica. Lo cual es seguramente cierto, y aplicable a toda la humanidad.

Si el intelectual no siempre es “un individuo dotado de la facultad de representar, encarnar y articular un mensaje, una visión, una actitud, filosofía u opinión para y en favor de un público”, como aseguraba Gramsci, sí es, en la definición de Umberto Eco, “quién realiza trabajos creativos bien sea en las artes o en las ciencias, y propone ideas innovadoras”. Y añadiría que, en general, deberá ejercer una reflexión crítica sobre la realidad en su ámbito de competencia que no se limita a las humanidades. En una cultura intertextual, médicos,

físicos, biólogos, informáticos, etc., proyectan sobre la realidad una reflexión en ocasiones más esclarecedora que los intelectuales “tradicionales”.

A lo largo de la historia, los intelectuales han asumido diferentes papeles, desde la *Paideia* griega, que debía dotar al individuo de conocimiento y control sobre sí mismo y sobre sus expresiones, y prepararlo para ejercer sus deberes como ciudadano, no siempre como político (aunque Solón fuese el prototipo del intelectual-político en la Grecia presocrática). Hasta el intelectual público romano: Ovidio, Tácito, Séneca. Papel que cambió drásticamente en una sociedad teocéntrica y teocrática, el Medioevo, donde los monjes eran apenas guardianes de la cultura. El hombre del Renacimiento, relativamente independiente pero subordinado al poder de sus mecenas. El intelectual en el capitalismo, cuyos márgenes de libertad se ensancharon, y las complejas relaciones en el socialismo entre los intelectuales y los aparatos partidistas y el Estado.

Umberto Eco, en “Papel del intelectual”, distingue distintos tipos:

Los intelectuales orgánicos (Ulises al servicio de Agamenón), quienes, según él, “deben aceptar la idea de que el grupo, al que en cierto sentido han decidido pertenecer, no les ame demasiado”. “Si les ama demasiado y les da palmaditas en la espalda (...) son intelectuales del régimen”. Sobre éstos decía Gramsci que eran captados por la clase dominante para que otorguen a su proyecto “homogeneidad y legitimidad” y creen “una ideología que trascienda a las clases”. Adolf Hitler tuvo excelentes científicos e intelectuales orgánicos, como Martin Heidegger. Y John Fitzgerald Kennedy reclutó una corte de intelectuales prestigiosos, como Arthur M. Schlesinger Jr. y McGeorge Bundy.

Los intelectuales platónicos, aquellos que, como Platón, a pesar de su experimento fallido con el tirano de Siracusa, creen que pueden enseñar a gobernar. Apostilla Eco: “Si viviésemos que vivir en la isla de la Utopía de Tomás Moro o en uno de los falansterios de Fourier, lo pasaríamos peor que un moscovita en los tiempos de Stalin”. Como bien sabía Octavio Paz, es “muy distinto mandar a pensar: lo primero corresponde al gobernante, lo segundo al intelectual. Los intelectuales en el poder dejan de ser intelectuales (...) sustituyen la crítica por la ideología”. La segunda otorga al poder un fundamento moral, lógico e histórico; la primera juzga y, cuando es necesario, contradice y critica.

Los maestros aristotélicos, quienes enseñan todo tipo de cosas, pero no dan consejos precisos.

Y los intelectuales críticos con su propio clan, más que con los enemigos, al estilo de Sócrates, que operan como “conciencia crítica de su grupo”, a los que tampoco se les ama demasiado. Este será creativo, elaborará ideas interesantes que el político inteligente deberá considerar, aunque no las aplique textualmente. Según Carlos Fabreti, esos “intelectuales tienen una responsabilidad: la crítica sistemática de los argumentos esgrimidos por el poder, el cuestionamiento radical y continuo del ‘pensamiento único’ que pretenden imponernos”. Claro que ello habitualmente no gusta a los políticos.

Jorge Castañeda atribuye a los intelectuales de América Latina el papel de guardianes de la conciencia nacional, demandantes de responsabilidad, baluartes de rectitud, defensores de los principios humanistas, críticos del sistema y de los abusos de poder. Lo cual, a mi juicio, es mucho pedir.

El ejercicio de esta “conciencia crítica” ha resultado con frecuencia nefasto para sus protagonistas: ostracismo, cárcel, exilio, persecución y muerte. El fiscal fascista que juzgó a Antonio Gramsci dictaminó: “Durante 20 años debemos impedir que este cerebro funcione”, y fue condenado a 20 años. Murió en prisión a los 46 años de edad. La periodista Anna Politkovskaya, quien reveló los crímenes en Chechenia, recibió dos balazos en la nuca. La lista sería interminable.

De modo que, al menos en teoría, el intelectual debe ser parte de la “conciencia crítica” de la sociedad que habita. Ni más ni menos, a mi juicio, que todo aquel, intelectual o no, que desee ejercer su papel de ciudadano y no conformarse con figurar en las estadísticas demográficas.

En las circunstancias actuales de Cuba, eso sería óptimo. Desde el derrumbe del campo socialista, el país ha estado abocado a una redefinición continua que ha afectado a la economía, la política, la relación entre el poder y los ciudadanos y de estos entre sí, entre el exilio y el *insilio*, entre el discurso ideológico y la praxis social. Podría decirse, siguiendo a Gramsci, que el país se enfrenta a una “crisis de hegemonía”, en cuyo caso se impone la necesidad de un debate público y sin limitaciones, con el objetivo de articular nuevos consensos. Un debate que convoque a todos los estamentos de la sociedad, pero donde los intelectuales (o algunos intelectuales, en particular los aristotélicos y los críticos, para no generalizar), al disponer de un discurso estructurado sobre la sociedad que es su campo profesional de actuación, podrían aportar a la clase política argumentaciones muy atendibles.

Y, de hecho, ese debate ocurre, aunque no con la profundidad, la transparencia y la amplitud que la actual situación del país requeriría. Tiene lugar en foros profesionales, debates más o menos cerrados y en medios que, por razones editoriales o tecnológicas, tienen escasa incidencia en la población de la Isla. Los distintos llamamientos a debates públicos realizados desde el poder han sido oportunidades perdidas. Sus resultados no se han ventilado con la transparencia que merecían ni desembocaron en referendos que sancionaran democráticamente las principales inquietudes de los ciudadanos, quienes han operado como una intelectualidad aristotélica a su pesar, pues sus juicios concretos se han convertido, en su ósmosis hacia el poder, en opiniones difusas más próximas a la estadística que a la ideología.

No pocas veces he repetido que el debate sobre el presente y el futuro de Cuba atañe, en primer lugar, a los cubanos, intelectuales o no, que residen en la Isla. Y, en segunda instancia, a quienes habitamos allende el Malecón. Las razones son obvias: sobre los cubanos de la Isla recae el peso de las dificultades que padece el país, de modo que son ellos los primeros interesados en remediarlas; son ellos los que disponen de los derechos ciudadanos que a sus compatriotas del exilio les son enajenados tan pronto truecan su geografía, y si bien el exiliado puede regresar (o no), quienes viven en la Isla saben que de sus decisiones de hoy dependerá la habitabilidad de su propio futuro y el de sus hijos.

Exhortar a la frugalidad y al sacrificio a los cubanos en nombre de un ideal que ciertos grupos de izquierda defienden con fervor ante lonchas de jamón serrano y algún Ribera del Duero Gran Reserva, me resulta tan inmoral como exhortar a esos mismos cubanos a derribar al gobierno al precio de sus vidas, mientras se trasiega un sándwich cubano y un batido de mamey en el Palacio de los Jugos.

Y entre esos cubanos del *inside* puede que sean algunos /muchos/ los intelectuales quienes dispongan de mejores recursos para ejercer su "conciencia crítica", dado que poseen los recursos teóricos y una información de primera mano sobre la realidad cubana. Aunque esa "conciencia crítica" pueda estar condicionada no sólo por el miedo a las represalias, sino por el mero cálculo de su escasa rentabilidad a corto plazo. Para Edward Said, "la dependencia económica del poder mediante subvenciones o ayudas para las investigaciones son formas de control de los intelectuales". En un país donde todos los medios culturales y de difusión, así como otorgar (o no) libertad de movimiento, están en manos del Estado, la dignidad contestataria puede ser temeraria.

Eso no significa, desde luego, que a los cubanos que residen fuera de la Isla, y en particular a sus intelectuales, les esté vedada la participación en ese debate. Muy por el contrario, sería recomendable. Dado que en la diáspora habita el 15 por ciento de los cubanos del planeta, vetar su participación equivaldría a la exclusión de todos los habitantes de la ciudad de La Habana.

Sin que me avale ninguna estadística confiable, opino que la mayoría de los cubanos de la diáspora conserva su interés en los acontecimientos de la Isla, bien porque ésta afecta a sus familias allí o porque se sienten con derecho a ejercer su ciudadanía insular, así sea virtual. Y creo que sería muy útil para el país que esas voces fuesen escuchadas y se sumasen a las de sus compatriotas en Cuba. Las razones son varias.

En primer lugar, al conservar su ciudadanía cubana (incluso tras haber adquirido otra, cosa que la Constitución prohíbe pero el gobierno mantiene), les asiste el derecho de participar en la vida pública de su país. Si, como reza la página del Ministerio de Relaciones Exteriores, esa diáspora es esencialmente económica, comparable con otras poblaciones migrantes de nuestro continente, deberían recibir un trato equivalente: preservar sus derechos económicos, sociales y políticos y ejercerlos desde cualquier geografía.

Entre esa población outsider existe una elevada proporción de profesionales altamente calificados, formados en Cuba y/o fuera de Cuba, cuya aportación al debate social, político, económico, artístico y científico que prefigure el futuro de la Isla, no debería desecharse. Portadores de una experiencia profesional y ciudadana adquirida en otros contextos, ésta les concede la posibilidad de pronunciarse partiendo de enfoques y perspectivas que enriquecerían el debate y, en sintonía con sus colegas de la Isla, conjurar males futuros y sortear obstáculos evitables. Como ya observó Gramsci, la escolarización proporcionada por un Estado responde a su aparato ideológico. Inyectar sabidurías otorgadas por otros modelos de escolarización sería, por fuerza, enriquecedor. Y no me refiero a predominio alguno, sino a las bondades de la biodiversidad.

Dado que Cuba se encuentra inmersa en un proceso de cambio y que, por su carácter de economía abierta en medio de un mundo globalizado, le sería casi imposible superar su crisis actual de modo endogámico, sería esencial para el país apelar al capital intelectual, a la experiencia profesional, empresarial y científica de su diáspora, sobre todo si la perspectiva de Cuba es sumarse al verdadero motor del desarrollo en el siglo XXI: la sociedad del conocimiento.

Una participación activa de ese capital humano, e incluso del otro capital, en el proceso de renovación y remodelación de la sociedad cubana, facilitaría la apertura de puentes y espacios de colaboración entre ambas orillas; el traspaso de *know how*, tecnologías e información; mercados de bienes y servicios, y mercados de ideas.

Para ello, desde luego, sería imprescindible que el Estado cubano reconsiderara sus relaciones con la diáspora. Ya que preserva su condición nacional, es moralmente insostenible no preservar sus derechos ciudadanos, así como a entrar o salir libremente de la Isla y disponer allí de las mismas prerrogativas que sus compatriotas residentes en Cuba. Sería inaceptable otorgar a la diáspora el derecho de aportar su capital profesional al tiempo que se le amputan otros derechos. E imponer condicionamientos políticos a esa participación bastaría para sentenciar su inviabilidad.

Ciertamente, una parte de la diáspora, atenta a sus carreras profesionales y a las coordinadas sociopolíticas de las sociedades donde se han reinsertado, se desentiende de los asuntos cubanos. Y está en todo su derecho. Son noruegos o canadienses vocacionales. Según un estudio realizado en Miami por la *Florida International University* (FIU), sólo una pequeña parte de los exiliados en esa ciudad regresaría a la Isla incluso en caso de que cambiaran drásticamente las condiciones que los empujaron al exilio. Han rehecho sus vidas y ya tienen hijos y nietos que viven, como diría Gustavo Pérez-Firmat, en el *hyphen*: cubano-americanos, cubano-españoles. Pero, gracias a las nuevas tecnologías de la información, muchos de ellos estarían dispuestos a contribuir con sus saberes y experiencia, aunque no se radicaran en la Isla. Pocos países de nuestro entorno cuentan con ese capital potencialmente disponible para su relanzamiento.

Relicto de aquel unamuniano “¡Qué inventen ellos!”, se mantienen en nuestros países no pocos prejuicios ideológicos contra los intelectuales: una élite improductiva y desasida de la vida práctica, y ante la cual la sociedad suele adoptar posiciones extremas: la reverencia o la descalificación. La historia demuestra, en cambio, que aquellos países que primero comprendieron la fuerza motriz de las ideas son hoy las sociedades económica y socialmente más avanzadas. Cuba cuenta con una doble reserva de la materia prima más importante del siglo XXI: el talento: una población altamente instruida en la Isla y una sólida masa profesional en su diáspora. Al Estado cubano atañe la responsabilidad, pensando en el destino de la nación más que en el ejercicio confortable del poder, de crear las condiciones para que esa doble reserva de talento se revierta en bien de toda la sociedad, o, por el contrario, inhibir su despliegue por temor a los “daños colaterales” que pueda ocasionar, pues, como escribió a Nikita Kruschev en 1954 el académico Piotr Kapitsa: “una de las condiciones para el desarrollo del talento es la libertad de desobediencia”.

El papel del intelectual contemporáneo ya no es el mismo que en época de Emil Zolá, Antonio Gramsci o Jean Paul Sartre. Una sociedad mucho más compleja y el recuento de la experiencia histórica excluyen los sitios de gurús supremos. Aun así, el talento sigue siendo “incómodo” para toda forma de poder que no asuma a la intelectualidad y su “conciencia crítica” como parte inalienable del tejido social y propulsor de su desarrollo. El Estado moderno no puede entresacar con una pinza de cejas aquellos saberes deseables y desechar los saberes incómodos. Está condenado a comprar el paquete completo.

Umberto Eco afirmaba que nada lo irritaba más (o lo hacía sonreír) que ver a los intelectuales utilizados como oráculos. Y nada más alejado de este texto que pretenderse oracular. Me bastaría que algunas de estas ideas alimentaran el debate entre los hombres y mujeres destinados a construir la Cuba del mañana.

**La revista *Espacio Laical* puede ser vista en www.espaciolaical.org
o adquirida en la Casa Laical, sita en Teniente Rey #152 (tercer piso) e/ Bernaza y Villegas, La Habana Vieja.**

CRÉDITOS:

Equipo de redacción: José Ramón Pérez, Roberto Veiga, Lenier González y Alexis Pestano.// Diseño: Ballate